

PARADOJAS LINGÜÍSTICAS DE LA ACTUALIDAD
Olga Fernández Latour de Botas
Academia Argentina de Letras

Parece indiscutible que toda acción de la humanidad, en su conjunto, ha de tener como última meta el bien común. Sin entrar en la tan analizada —admirada y execrada— postura filosófica que sostiene el progreso continuo y sin aceptar tampoco como postulado cierto la teoría de la degradación ineluctable, me parece evidente que, aunque en sus intentos se equivoque de medios, el fin de los empeños más sostenidos de la especie humana es el bien.

He escrito antes de ahora pensamientos relacionados con tal aserto en la página titulada “Decisión” que comienza diciendo:

HACER BIEN MAL
HACER MAL BIEN
MAL BIEN HACER
BIEN HACER MAL...

y opta por dar al tema, tras el descarte de las letras no requeridas, una solución piadosa, caritativa, utópica tal vez pero reconfortante para quien lo escribía¹.

Ante las circunstancias que atraviesan hoy los patrimonios lingüísticos de numerosas naciones en cuyo seno los bienes se convierten en males y algunos males terminan por ser bienes, me permito traer esta problemática paradójica al foro virtual de opinión abierto como prolegómeno del honorable V Congreso Internacional de la Lengua Española.

El descubrimiento del otro, como segundo paso de la aproximación de todo ser humano a la idea total de identidad², está fundamentado en la comprensión de sus mensajes y es en la lengua, en la palabra, en el verbo, en el idioma, donde se encuentra la clave instrumental para que el proceso de comunicación real pueda cumplirse. Por ello cada lengua de las acuñadas por los distintos grupos humanos, en cualquier lugar de la Tierra donde se cultive y en cualquier tiempo, constituye, por naturaleza, **un bien social**.

En otro sentido, las lenguas, como cualquier clase de bienes, tanto culturales como naturales, pueden sufrir —por transculturación, por empobrecimiento, por hibridación o contaminación de diversos orígenes— procesos de cambio que afectan no solamente sus propias estructuras y recursos, sino que también transmiten fenómenos no deseables a las sociedades y a las culturas a las que pertenecen. El cambio lingüístico es capaz de carcomer los cimientos de grandes naciones cuando, en actitud de laxo respeto por la propia identidad, se dejan de lado las particularidades tradicionales de ese patrimonio y se acepta indiscriminadamente la irrupción de elementos globalizados, «no lugares»³ del idioma que, al incidir en la estructura del discurso, en el léxico, en la pronunciación, en la entonación y en todo otro rasgo característico del habla, actúan también integralmente sobre el patrimonio cultural que las caracteriza. La lengua, en tales condiciones, se convierte en un elemento activamente contaminante: **un mal social**.

¹ Clara Flamante (seud.) “Decisión”, en *Motivos de Guerra*, Buenos Aires, 1992.

² El primer paso es el descubrimiento del «sí mismo» y el tercero el del «otro generalizado».

³ Referencia al concepto de «no lugar» acuñado por el etnólogo francés contemporáneo Marc Augé.

Pero hay aún un fenómeno más candente en nuestros días: son cada vez más las lenguas que, elegidas por entidades de acción internacional, elevan banderas de guerra contra las Naciones constituidas en cuyos territorios habitan sus hablantes, tanto espontáneos como voluntaristas. Esta «guerra de las lenguas» de la cual todos conocemos manifestaciones públicas, constituye una estrategia respecto de la cual no podemos permanecer indiferentes.

Es necesario que todas las lenguas de la Humanidad sean respetadas como insignes creaciones legadas por la historia, victoriosas de diferentes guerras políticas, económicas y culturales. Pero el hecho de que existan comunidades hablantes de una lengua no es instrumento legal para subdividir a las Naciones constituidas en cuyos territorios tales hablantes se encuentran, en la actualidad, por azares de procesos históricos que la justicia del presente no tiene fundamentos para convalidar.

Deseamos que los distintos medios educativos y de comunicación logren elevar cada vez más los valores ínsitos en todas las lenguas creadas por el hombre, para convertirlas en elemento benéfico al servicio de la comprensión y de la paz. Aspiramos a que la lengua, un supremo bien, no se transforme, bajo ninguna circunstancia, en agente del mal.

Buenos Aires, octubre 2009.